



LIBRO QUINTO

Actividades del Buen Padre en la diócesis de Rouen.

Fundación de nuevas casas.

Ordenanzas del 16 de junio de 1828.

Segundo viaje del Buen Padre a Roma.

Se confía el seminario de Rouen a los sacerdotes de la Congregación.

Parálisis de la Madre Enriqueta.

De 1826 a 1830

Nuestro Rvdmo. Padre viajó de París a Rouen el 14 de septiembre de 1826 con el Cardenal Arzobispo, pues quería personalmente darle la posesión y alojarlo en el arzobispado.

Nuestro piadoso Fundador siempre había querido vivir independiente. Durante tres años en Troyes durmió en un pequeño y, además, antihigiénico cuchitril donde no cabían más que una cama y una silla, lo que contribuyó en gran manera a minar su salud.

El 17 de junio de 1825 la Madre Enriqueta le escribía: *“Aún está usted resfriado. Es preciso que se cuide y no coja¹ más humedad ni frío. Me han dicho que su habitación favorece su predisposición a los catarros. Tiene que dejarla”*. A pesar de la estima que nuestro Fundador sentía hacia a la Madre Enriqueta por su virtud, no consiguió nada. Imposible hacerle abandonar un espacio que satisfacía, a la vez, a su humildad y su amor a la penitencia. Esto nos da una idea de lo que le costaría alojarse en el palacio arzobispal; pero como el Gran Capellán, debido al cargo que ocupaba en la corte, se veía obligado a permanecer mucho tiempo lejos de su diócesis y quería que su primer vicario lo sustituyera en todo, le exigió este sacrificio.

Nuestro Buen Padre sentía vergüenza de verse tan bien instalado, y el 15 de septiembre, sonriendo y alzando los hombros, decía al hermano Severino, que siempre lo acompañaba: *“¡Fíjese usted qué bien vivimos en este palacio!”*

¹ El 27 de Mayo de 1827 escribía al P. Jacinto: *“A pesar de mi miseria los palacios de los príncipes no tienen para mí el mismo atractivo que los graneros de Troyes y de la Motte d’Usseau”*. El 21 siguiente escribía a sor Ide: *“Hace mucho que he experimentado que en esta tierra Dios es nuestro consuelo. Por mucho que veo a los príncipes habitar en sus palacios y comer suculentos platos, cada vez creo más que las legumbres de los tres jóvenes en el horno valen cien veces más que todas las delicadezas que se disfrutaban en la corte y en los salones de sus Altezas Eminentísimas”*.

Sus numerosas ocupaciones. El Cardenal Arzobispo le testimonia su confianza sin límites.

Si en Troyes tuvo muchas preocupaciones, más todavía le esperaban en Rouen. Intuía que nuevas cruces lo aguardaban. Pensó entonces en lo bueno que hubiera sido residir en la casa principal de la Congregación; pero, las circunstancias le habían obligado a aceptar los deseos del Cardenal Capellán Mayor.

Es la reflexión que hace en su carta del 10 de mayo de 1827: *“Tengo muchísima necesidad de que vengan ustedes en mi ayuda, pues me pesa mucho la carga que llevo y que he tenido que aceptar cuando me han hecho ver que puede ser un medio para impedir que la Obra sea perseguida... Recen mucho por su pobre amigo”*.

Como el Cardenal no podía hacer más que rápidas visitas a Rouen, todo el peso de la administración recaía sobre nuestro Rvdmo. Padre. El Príncipe Arzobispo le nombró también superior de todas las comunidades religiosas. Un nuevo peso que añadir a las demás ocupaciones.

Al día siguiente de su llegada, el 15 de septiembre de 1826, escribía: *“Ya he recibido a muchas personas, con no poca incomodidad por mi parte”*.

Daba fiel cuenta de su administración al Cardenal,² quien por su parte le correspondía y le testimoniaba una confianza

² Debo observar que, al haber vivido yo desde 1826 en nuestra casa de Picpus, todo lo referente a la estancia de nuestro Fundador en Rouen lo he conocido porque me lo han contado o por la correspondencia que he podido ver. Felizmente nuestro Rvdmo. Padre se veía obligado a escribir con frecuencia al Príncipe Cardenal. Su Alteza le respondía ordinariamente al pie de las mismas cartas de nuestro Fundador y se preocupaba de remitírselas. Esta correspondencia, después de la muerte de nuestro Fundador, se encuentra entre los papeles de que dispongo y me proporciona muchos detalles que de otra manera se me escaparían; pero, sólo utilizaré lo que tenga relación con la finalidad que me he marcado: conocer mejor a nuestro Fundador.

sin límites.³ Toda la correspondencia del Príncipe Arzobispo muestra lo feliz que se sentía de haber puesto al Sr. Coudrin al frente de la administración diocesana, y el Prelado aprovechaba con gusto todas las ocasiones para expresar su satisfacción al primer vicario general.

³ Le escribía el 7 de noviembre de 1826: *“Le pido que de ahora en adelante me diga siempre con toda franqueza su opinión sobre cada asunto que crea debe comunicarme”*. En otra carta del 9 de noviembre le decía: *“Le dejo, querido Sr. Coudrin, el cuidado de decidir si hay que nombrar de inmediato canónigo honorario al nuevo profesor o se debe esperar. De cuantas más cosas se haga cargo, más contento me sentiré. Comuníqueme sólo las cosas importantes... Hace bien en terminar sus cartas a secas. Saber que está bien y que me desea el mayor bien, para mí eso es lo importante”*.

El 18 de marzo, al enterarse de la muerte del párroco de Dieppe y que había que nombrar un sucesor, el Cardenal escribía: *“Otorgo a mi muy querido Sr. Coudrin toda la autoridad para elegir, incluso contra el parecer del consejo, si lo juzga oportuno”*. En el siguiente mes de mayo se quejaba de que otro vicario general había tomado algunas disposiciones relativas a la administración de la diócesis sin haberse puesto de acuerdo con el primer vicario general. En una nota del 21 de marzo se puede leer: *“El Sr. Cura nunca debe hacer nada sin el consentimiento del Sr. Coudrin. El Sr. Coudrin debe enseñarle esta nota”*.

En otro recado del 29 de abril de 1828 volvía a decirle: *“Manibus et pedibus eo in sententiam tuam. (Estoy totalmente de acuerdo con su parecer). Doy gracias a Dios que se digna iluminarme por medio de sus piadosos y sabios consejos”*. De nuevo le escribía el 8 de mayo siguiente: *“Estoy muy de acuerdo, querido Sr. Coudrin, en el nombramiento del Sr. Vellez... Aunque respeto la opinión del consejo, sin embargo, es sobre todo a usted a quien valoro”*

Los colegios que teníamos en diversos lugares, se vieron obligados a la dispersión de nuestros alumnos como consecuencia de las famosas Ordenanzas del 16 de junio de 1828... Esto afectó sensiblemente a nuestro Fundador... (sic).

El Príncipe Arzobispo le escribía el 3 de enero de 1829: *“Las penas personales que desde hace algún tiempo ha sufrido, me han afectado directamente al corazón, sin hablar de aquellas que nos son comunes”*.

Los eclesiásticos más afectos a su Alteza Eminentísima compartían esos mismos sentimientos hacia nuestro Rvdmo. Padre. Prueba de ello es la carta del 15 de noviembre de 1826 del sacerdote Libert al Príncipe Arzobispo y que, gracias a la divina Providencia, ha caído en mis manos: *“No me puedo permitir callar algo referente a mi respetable colega (Libert también era Vicario General). Su Alteza Eminentísima no ha podido hacer mejor elección para el mayor bien de su diócesis. Además de sus grandes talentos y eminente piedad, tiene también la ventaja de hacerse amar, lo que contribuirá a que haga aquí mucho bien. Él no es de los ‘dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo’.* (No es de los que quieren dominar al clero, sino que, por su conducta, es modelo para el rebaño). *A ejemplo del Gran Apóstol reprende con bondad, con caridad y con paciencia, recordando la hermosa máxima del Concilio de Trento: Erga corrigendos, plus agit benevolentia quam austeritas, plus charitas quam potestas”.*

[*No aparece en el texto original: “A la hora de corregir más consigue la benevolencia que la severidad y la caridad más que la fuerza”*].

Aunque el Sr. Coudrin dejó en Troyes algunos misioneros, las necesidades de la nueva diócesis en la que la Providencia lo había colocado, no podían dejarlo indiferente. Hizo venir a Rouen a dos sacerdotes de nuestra Congregación que estaban disponibles, y les encargó la evangelización del campo. La parroquia de Forges-les-Eaux fue la primera a la que los envió. Merece la pena señalar que esta misión comenzó el 3 de diciembre, festividad de San Francisco Javier. Precisamente era la fecha en que seis años antes, en 1820, se había inaugurado la primera misión de la diócesis de Troyes. La de Forge-les-Eaux se clausuró el 1 de enero de 1827. Una carta del párroco a nuestro Fundador del 29 de

diciembre de 1826 muestra que el Señor bendijo los esfuerzos de los dos misioneros.

El 13 de enero de 1827 los dos sacerdotes de los Sagrados Corazones comenzaron en Écalles otra misión, a la que en marzo siguió la de Pavilly. Nuestro venerable Fundador acudía lo más a menudo que le era posible, a colaborar con los dos misioneros.

El 11 de febrero predicó tres o cuatro veces en Écalles, haciendo llorar a todo el auditorio. A partir de este momento los confesionarios se vieron asediados por numerosos fieles que sentían la necesidad de reconciliarse con Dios. Se obtuvo el mismo éxito, el 18 de marzo, en la parroquia de Pavilly. Un señor notable de esta última parroquia, no pudiendo a pesar de sus esfuerzos retener las lágrimas y sorprendido él mismo de lo que estaba sintiendo, exclamó: “*¡Me he vuelto niño!*”

Los frutos habrían sido mayores de no faltar confesores. Nuestro Rvdmo. Padre se daba cuenta y sufría. Escribía el 27 de marzo: “*La misión de Pavilly ha conmovido al pueblo; pero nuestros dos pobres hermanos son muy pocos para atender a tres o cuatro mil fieles. En fin, esperemos todo de lo Alto. No nos adelantemos a la Providencia. Todo irá bien, espero. ¡Nos ha protegido tanto hasta el momento! No ofendamos a Dios. Seamos santos*”

El Sr. Coudrin no sólo contribuyó con sus predicaciones al éxito de la misión de Pavilly, sino que también había animado a los misioneros por medio de sus cartas.

El 10 de marzo les escribía: *El párroco de Pavilly parece estar de acuerdo. No hagamos nada ni emprendamos nada sin advertírsele y sin contar con su consentimiento. Aunque tengamos penas, hay que reconocer que nuestra Congregación es bendecida por todo el bien que ustedes hacen*”.

El 14 de marzo añadía: “*Traten de hacer siempre lo mejor. Pasen en el confesionario el mayor tiempo que puedan,*

incluso para rezar el breviario. Por la mañana temprano y al atardecer es cuando la gente se siente movida a confesarse”.

En otra carta les decía el 30 de marzo: *“Ánimo, queridos amigos, rezo continuamente para que Dios los consuele y para que muchos se conviertan”.*

Los frutos de salvación obtenidos en esta parroquia se conservaron. En una carta del mes de julio siguiente se dice: *“Va a establecerse en Pavilly la cofradía de Nuestra Señora de la Paz; se le dedicará un altar bajo esta advocación. El fervor permanece. El párroco pone mucho celo en mantenerlo”.*

En septiembre regresaron a Pavilly los dos misioneros para preparar a los fieles a recibir del sacramento de la confirmación que debía conferir el arzobispo a fines del mismo mes. Pienso que éste fue el momento elegido para erigir la cofradía de Nuestra Señora de la Paz.

En abril varios párrocos reclamaron para sus parroquias los beneficios de la misión; pero la estación estaba muy avanzada. Hubo que aguardar tiempo más favorable. No se podía esperar tener éxito estando los campesinos ocupados en sus trabajos.

Sin embargo, los dos misioneros no permanecieron ociosos durante el verano. El Príncipe Arzobispo debía confirmar en varios cantones y ellos se adelantaban algunos días para preparar a los fieles. A lo largo de los meses de junio, julio, agosto y septiembre evangelizaron un buen número de parroquias.

Ocupaciones y fatigas del Buen Padre

El Sr. Coudrin acompañaba siempre a Mons. de Rouen en todos sus desplazamientos, predicaba y hacía todo el bien posible. Las visitas pastorales se prolongaban mucho tiempo y precisamente durante los meses más penosos en que el calor apretaba más.

Por otra parte, mil detalles de la administración absorbían el tiempo de nuestro Fundador. Los miramientos que debía tener para no indisponer a quienes quería atraer al bien, no era una de sus menores preocupaciones.

Comentando en una carta del 28 de noviembre de 1827 la postura de dos sacerdotes que se resistían a obedecer a su arzobispo, le decía: *“Nosotros aguantamos a pie firme el resultado de su obstinación, sin contrariarlos demasiado para no romper la caña quebrada”*.

Todo esto agobiaba al Buen Padre. El 5 de noviembre de 1827 escribía a la Madre Enriqueta: *“Desde la marcha de su Alteza Eminentísima, mil asuntos se han ido presentando sin interrupción y hacen muy pesado mi cargo honorífico. Es verdad, sí, es verdad que sólo Dios puede ayudar al hombre a soportarse aquí en la tierra”*.

No se debe olvidar que casi todos los meses tenía que visitar la casa de Picpus, como hacía cuando estaba en Troyes. Sus frecuentes viajes aumentaban su cansancio. He dicho antes que el 18 de marzo fue a la misión de Pavilly. El mismo día tuvo que regresar a Rouen. El 19 ofició en la iglesia de las Ursulinas y predicó. Dejó la comunidad, subió al carruaje y partió hacia París, donde le esperaban los asuntos de la Congregación. No disponía ni de un momento libre. Sólo su ánimo podía sostenerlo en medio de sus numerosas ocupaciones.

Concedor de los sentimientos de su arzobispo, el Sr. Coudrin no temía pedirle abundantes limosnas para socorrer a los pobres de Rouen. El 5 de marzo de 1827⁴ le solicitaba 500

⁴ Por la siguiente carta se ve que el Príncipe Arzobispo hacía más limosnas: *“Los párrocos, le decía el Sr. Coudrin, me han encargado que le presente a su Alteza Eminentísima todo su agradecimiento por el dinero que les ha dado para los pobres. Los Srs. Saint Vivien y Saint Marlou me ha parecido que estaban conmovidos hasta las lágrimas”*.

francos para cada una de las instituciones caritativas, la Casa de la Misericordia y la de la Caridad.

El 3 de abril predicó en una reunión de las Damas de la Misericordia. La colecta que el año anterior había sido de 1.400 francos, subió a 2.700. Nuestro Rvdm. Padre añadió 300 más como donativo del Príncipe Arzobispo.

Con este motivo le escribía el Cardenal el 5 de abril: *“Mi enhorabuena por el éxito. La bendición acompaña todo cuanto usted hace”*. El Prelado, en carta del 18 de marzo, ya había aprobado la manera de obrar de su primer vicario con relación a las limosnas.

El 28 de abril, el Buen Padre solicitaba nuevas ayudas para los indigentes y para otras obras caritativas; dos días después, el Príncipe Arzobispo le prometía 4.000 francos anuales para ese fin.

Nuestro venerable Padre no se limitaba con acudir a la generosidad del Capellán Mayor de Francia. De su bolsillo ponía también mucho y consideraba poco todo lo que hacía en este aspecto. En carta del 5 de marzo de 1827, hablándole de la colecta en favor de la Obra de la Misericordia, decía al Cardenal Arzobispo: *“No he podido ingresar más que un ‘luis’ en cada una de las bolsas”*.

También debo dejar constancia que así como nuestro piadoso Fundador no dudaba en pedir mucho al Príncipe Arzobispo para las obras en favor de los necesitados, era, sin embargo, muy parco en los demás gastos. Pondré un ejemplo.

El Cardenal, que no tenía cocinero en Rouen ya que residía casi siempre en París, había encargado al Sr. Coudrin preparar la cena que su Alteza debía ofrecer en la ciudad arzobispal, y después le pidió la cuenta de gastos.

Nuestro Rvdm. Padre le escribía el 30 de diciembre: *“Añado la nota que me pide. Ruego a su Alteza que crea que nuestros sirvientes han hecho todo lo posible por economizar. Que su señoría tenga la bondad de dejar a mi cuidado lo que*

se necesite para atender a nuestros cuatro invitados". El 2 de enero el Príncipe Arzobispo encargó al vicario Perreau que tranquilizara a su primer vicario general sobre los gastos.

A nuestro Fundador no se le escapaba nada de todo lo que podía reavivar la fe en la ciudad de Rouen. Por carta del 5 de mayo de 1827 vemos que, además de los sermones predicados en la catedral de Rouen todos los domingos de cuaresma, había establecido charlas especiales los martes y jueves, y conferencias sobre las verdades de nuestra religión los miércoles y viernes.

En las cartas en las que el Buen Padre comunicaba al Cardenal el fallecimiento de algún párroco, se aprecia el cuidado que tenía para premiar el celo de los sacerdotes que habían permanecido siempre fieles. Acababa de morir un párroco en Dieppe y el Sr. Coudrin el 15 de mayo de 1827 escribía: *"Los vicarios y sacristanes piden de común acuerdo al Sr. Potel como sucesor. Hace cincuenta y dos años que bautiza y confiesa en esta parroquia, exceptuada la época de la Revolución debido a su destierro. Todos se verán contentos por este acto de benevolencia hacia un anciano que realmente ha hecho el bien en esta ciudad"*. El Sr. Potel fue nombrado párroco pocos días después.

La misma reflexión hace en una carta del 28 de abril para designar sucesor al párroco de San Gervasio en Rouen. Añade en la misma carta la noticia del fallecimiento de otro párroco: *"Lavoisier, respetable párroco de Menileloos, nos deja trescientas almas sin pastor... La necesidad de sacerdotes me parte el alma. Me aflige ver perderse tantas almas por falta de sacerdotes que puedan atenderlas. Diariamente me dicen que en muchos lugares mueren personas sin sacramentos, porque no hay sacerdotes o bien son tan ancianos que no pueden valerse"*.

El bien tan grande que hacía nuestro Fundador y el éxito obtenido por los dos misioneros de nuestro Instituto suscitaban la envidia de algunos eclesiásticos.

Un cierto número de sacerdotes muy partidarios de las libertades galicanas no le perdonaban, como tampoco a sus misioneros, ser lo que ellos llaman ultramontanos. Si damos crédito al sacerdote Demarés, misionero de Francia, en su carta al Buen Padre, 26 de marzo de 1827, algunos eclesiásticos habían amenazado con denunciar a las dos Cámaras a quienes ellos acusaban de ser pastores del Ultramontanismo. Nuestro Rvdmo. Padre no concedió excesiva importancia a estas frivolidades de las que después no se volvió a hablar.⁵

Nuestro colegio de Poitiers crecía cada día. Se compró en 1827 un terreno lindante con la casa de los hermanos y que nos traía felices recuerdos. Es lo que nos dice el Buen Padre

⁵ Quiero añadir un hecho ocurrido en 1830 que prueba hasta qué punto llegaba la pasión de algunos sacerdotes de la diócesis de Rouen por el galicanismo. Un joven sacerdote rezaba el breviario romano. El párroco de una de las más importantes ciudades no sólo se negó a confesarlo por esta única razón, sino que lo comparaba a una especie de Lutero y así se lo escribió al Buen Padre. Nuestro Fundador le respondió el 20 de febrero de 1830 que estaba *“muy sorprendido de que se atreviera a comparar con un herejarca a un buen sacerdote que recitaba el breviario del Papa, de su Arzobispo (pues Mons. de Croy decía siempre el breviario romano), y de toda la Iglesia, exceptuadas algunas iglesias de Francia”*. Añadía: *“En verdad, señor, dejemos de lado los certificados de galicanismo y de ultramontanismo, y seamos católicos, persuadiéndonos de que jamás puede haber herejía en los que creen en todo lo que cree el Soberano Pontífice y que recitan el breviario de la Iglesia y de su Jefe”*.

Envió una copia de la carta al Cardenal que le respondió el 21 de febrero: *“Su respuesta al Sr. N. es de verdad perfecta. Su asombro está del todo justificado”*.

Un rescripto de la Sagrada Penitenciaría que yo he visto personalmente prueba que el Sr. Coudrin había consultado a la Santa Sede sobre la actitud que había que tener con los sacerdotes que se mostraban ardientes defensores de las libertades galicanas. Se le respondió que se podía absolver a los que estaban de buena fe.

en su carta del 11 de octubre de 1827⁶: *“Me alegro de que el día de San Caprasio (20 de octubre) sea el día de la toma de posesión del jardín por donde tantas veces he pasado hace 35 años para llevar los auxilios espirituales a los pobres encarcelados en el hospital y cuyas vidas la muchedumbre revolucionaria segó después”*.

El Superior de la casa de Poitiers le pidió permiso para construir en el terreno recién adquirido una nueva ala para instalar a los numerosos niños que se presentaban todos los días. El Buen Padre le respondió el 24 de diciembre: *“Yo no daría mucha publicidad a esta construcción hasta el momento de edificar. Tendrán muchos enemigos dentro y fuera, y mucho me temo que se verán obligados, moralmente hablando, a empuñar a la vez la espada y la pala”*. Se ve que presentía las famosísimas Ordenanzas del 16 de junio de 1828 y la revolución de julio de 1830.

Desde hacía años se hablaba de fundar en Alençon. Mons. de Sées, que tanta benevolencia nos había mostrado, lo deseaba desde hacía mucho. El 13 de enero de 1821 presiona a la Madre Enriqueta para fundar en Mortagne y le escribe: *“No pierdo la esperanza de verla establecerse incluso en*

⁶ Antes de la Revolución había en Poitiers una casa de las Hospitalarias, situada más o menos donde está hoy día el mercado. Convertida en prisión durante el Terror, nuestro Fundador fue varias veces a confesar a las personas piadosas allí encarceladas. Ya hemos narrado a lo largo de esta obra que había entrado en otras prisiones, en particular en el antiguo convento de la Visitación. Otros sacerdotes, entre ellos el Sr. Soyez, muerto más tarde obispo de Luçon, tuvieron idéntico coraje y el Señor los protegió librándolos de los peligros.

No he podido saber ni dónde ni cuándo mataron a las Hospitalarias. Pienso que no murieron en Poitiers.

Creo también que el Buen Padre se equivoca de fecha al decir que las había confesado en la prisión treinta y cinco años antes. Tendría que haber dicho: treinta y tres o treinta y cuatro años antes, pues no entró en las prisiones en 1793 y 1794.

Alençon". Las circunstancias habían retrasado este proyecto; en los últimos meses de 1827 volvió a plantearse. Al fin, el 28 de enero de 1828 salió hacia la ciudad con nueve hermanas. Doce más las seguirían al día siguiente. El 1 de febrero, primer viernes, Mons. de Sées se dirigió a Alençon, bendijo la capilla de las hermanas, celebró la misa y comenzó la adoración. El Prelado confirmó por escrito la nueva fundación el 6 de febrero de 1828. El 28 de marzo siguiente, escribía a nuestro Fundador diciéndole que se alegraba de contar en la diócesis con tres casas de nuestro Instituto, y le apremiaba a que viniera a visitarlas.

Nuestro venerable Fundador, aunque vivía en Rouen, velaba constantemente por las casas del Instituto. En marzo de 1828 juzgó conveniente cambiar al superior de Le Mans. Esto entristeció a las hermanas, que echaban de menos a su antiguo director. Nuestro Rvdmo. Padre se mantuvo firme. Con razón pensaba que le tocaba a él disponer de los hermanos para el bien común.

El 27 de marzo escribía a las hermanas de Le Mans: *"Estén tranquilas, queridas hijas. Dios sabrá resarcirlas de esta pérdida. Además, saben de sobra que todos debemos someternos a su santa voluntad"*.

Como algunas se mostraban muy poco resignadas, se dirigió a ellas en tono más severo en su carta del 20 de marzo: *"Las prevengo, mis queridas hijas, que rehusaré mi bendición a las que no quieran someterse"*. Pero enseguida reaparece su carácter bondadoso y termina la carta diciendo: *"Les deseo a todas paz y alegría en el Señor, y recuerdo en especial a nuestras buenas hermanas mayores que en estas circunstancias deben dar ejemplo de sumisión"*. Por lo demás el nuevo superior no tardó en ganarse la confianza de la comunidad y el 9 de marzo siguiente el Buen Padre le escribía: *"Esté tranquilo, mi buen amigo, sus tres cartas me han llegado. Bendigo al Señor por los frutos de paz que me*

anuncian. Mi espíritu y mi corazón están llenos de una alegría que me hace esperar que todo irá cada vez mejor. No se enfade por mi retraso en escribirle; pero, como buen hermano, devuelva bien por mal y, sobre todo, no imite en esto a su pobre padre”.

Aunque tenía razones de peso para mantenerse firme en esta ocasión, se ve, por carta a las mismas hermanas del 18 de julio, cuánto sentía apenarlas. Les dice: *“Sé que todas me hacen la caridad de rezar por mí. Por eso, me digo con frecuencia ante Dios que si su misericordia me ha escogido para ponerles en una situación que las hace sufrir, también tengo la confianza, mis queridas hijas, de que todas irán al cielo. No se desanimen, pues, mis queridas hijas. Un poco más y nuestras desventuras terminarán, y desde nuestras buenas hermanas mayores hasta la más joven verán a Dios. Se lo aseguro, mis queridas hijas. Saboreen, saboreen a Dios en el viaje de la vida. Sólo Él es bueno. Su voluntad es la única buena. Fuera de su Corazón todo es amargura. Lo digo por mí mismo; lo único que importa es amar a Dios. Vivamos, pues, sólo para Él y muramos con el deseo de agradecerle. Esa es la verdadera felicidad”.*

En general todas las cartas de nuestro excelente Padre respiran este sentimiento de caridad lleno de dulzura. Si a veces se veía obligado a mostrarse algo severo (caso muy raro), se notaba que era contra su voluntad. Tengo más de doscientas cartas suyas. Nunca se comporta como señor que ordena, que quiere hacer sentir su autoridad o hacerla prevalecer, sino que es como un padre que hace todo lo posible por endulzar a sus hijos las amarguras y contrariedades inherentes a nuestra existencia en este valle de lágrimas. Ya tenemos muchas pruebas de ello. Tendré ocasión de citar otras muchas más a lo largo de esta obra.

Sus agobios en la diócesis de Rouen

Cada día aumentaban los problemas para nuestro venerable Fundador. Se encargaba, casi siempre solo, de la administración de la vasta diócesis en que la Providencia lo había colocado; administración penosa por sí misma, pero también por la mala voluntad de los impíos que trataban por todos los medios armar escándalo y verter sobre los buenos sacerdotes el veneno de la calumnia.

Un joven vicario de Rouen fue víctima de esta campaña. El Sr. Coudrin estaba convencido de su inocencia, le sostuvo con firmeza como se ve por la carta del 22 de enero de 1828 al Cardenal Arzobispo, quien le contesta el 24 de enero: *“Mi querido Sr. Coudrin, ¡qué doloroso es en este malhadado siglo tener que cumplir los deberes que pesan sobre nosotros!”*

Enferma de una pierna

A las muchas cargas que pesaban sobre nuestro Rvdo. Padre, se debe añadir la de superior de todas las comunidades religiosas de Rouen. Las visitaba con frecuencia y se preocupaba de que pudieran tener los retiros espirituales cuando no podía darlos él mismo. Predicaba además constantemente en Rouen y en otras ciudades de la diócesis.

El cardenal iba a Rouen con la mayor frecuencia que le era posible, pero su presencia en vez de aligerar peso al Sr. Coudrin, se lo aumentaba, porque el Príncipe Arzobispo aprovechaba para hacer las visitas canónicas y siempre lo acompañaba el primer vicario general, acumulando durante semanas mucho cansancio, además de tener que predicar con frecuencia varias veces al día.

En 1828, las visitas comenzaron a primeros de junio y duraron hasta agosto. Nuestro Rvdo. Padre, como de costumbre, lo acompañó, pero a finales de julio se vio obligado a volver a Rouen o, más bien, hubo que llevarlo porque se

encontraba en un estado grave de agotamiento. A finales de mayo se había lastimado la pierna izquierda. Sin embargo, partió con su Alteza Reverendísima a visitar varios cantones. Arrastraba la pierna para poder desplazarse. A pesar de su malestar siguió al Prelado durante mucho tiempo. Se veía claramente que no era capaz de mantenerse en pie. El Cardenal durante la visita al cantón de Blagny, distrito de Neuchâtel, intentó que se tomara un tiempo de descanso. Dijo a uno de nuestros hermanos que acompañaba al Fundador: *“Oblíguelo a que se vuelva a Rouen. ¡No puede más!”* Pero, no atendiendo más que a su celo, nuestro Rvdmo. Padre se negó. Persistió en arrastrarse acompañando al Cardenal en el cantón de Buchy, más cercano de la ciudad de Rouen. Tuvo que acostarse y permaneció durante tres días en una especie de abatimiento. Sólo salía de su sopor para tomar un poco de tisana. Las fatigas sufridas habían agravado el mal de su pierna, que le obligó a permanecer en su habitación el final de julio y la mayor parte de agosto. Poco a poco fue mejorando y, a mediados de septiembre, pudo viajar a París.

[Este párrafo no aparece en el original: Varias cartas de la Madre Enriqueta muestran su inquietud por la salud del Buen Padre. El 10 de junio le escribía, enviándole una cinta que había pasado por la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Paz, y le rogaba que se cuidara. En otra carta del 14 de junio le decía: “Estamos sumidas en el dolor, la pena y la inquietud. En nombre de Dios, no nos olvide. Escribanos unas palabras. Medía línea nos tranquilizaría.”]

Todo presagiaba en Francia grandes calamidades. La debilitación de la fe, la poca firmeza del gobierno y la audacia de la impiedad eran señales precursoras de la tempestad. Nuestro Fundador escribía al P. Hipólito a finales de 1827 o comienzos de 1828: *“No emprenda nada sin tener en cuenta*

los fondos de que dispone, pues no sabemos dónde nos llevarán todas estas crisis". En otra carta del 24 de marzo de 1828 le recordaba lo que le había dicho antes: *"Me temo que nos va a pasar como a los israelitas: tendremos que construir con la pala en una mano y la espada de la persecución en la otra"*. El 24 siguiente añadía: *"Mucho me temo que el Buen Dios nos reserve una persecución antes de terminar la construcción"*. Es la misma reflexión que el 3 de febrero precedente había hecho a otro de nuestros Padres: *"Se nos acerca una persecución en la que sólo el Buen Dios podrá sostener a los suyos"*. El 25 de abril escribía en el mismo sentido al P. Regis: *"Tengan la mayor prudencia posible, mis queridos amigos. Los días son malos, pidamos a Dios que el último nos sea un buen día"*. Hace alusión a estos temores en una carta que escribe también al P. Regis el 13 de mayo: *"¡Ánimo, amigos míos! ¡Aún no han acabado con nosotros!"* Parece ser, por una carta de Mons. el Obispo de Orleans del 13 de octubre de 1827, que nuestro Fundador le había anunciado próximas desgracias. Le escribe el Prelado: *"No sé por qué ustedes los santos siempre nos anuncian días de tribulación"*. La Madre Enriqueta también escribía el 30 de marzo de 1828 a sor Justina: *"¡Recemos y recemos mucho! Todo va mal"*.

Ordenanzas del 16 de junio de 1828

Los tristes presentimientos de nuestro Fundador y de la venerable Madre, que más que simples presentimientos eran predicciones formales, no tardaron en verse justificados por los acontecimientos. Las funestas Ordenanzas del 16 de junio de 1828 sumieron en el desconsuelo a todos los verdaderos católicos. En virtud de una de estas ordenanzas nadie podía enseñar en los colegios e, incluso, ni en el seminario menor

sin hacer la declaración de que no se pertenecía a alguna Congregación no aprobada por el gobierno.

Sus resultados en la diócesis de Rouen

El Gran Capellán de Francia compartía la desolación de todas las almas fieles. Rechazó someterse a las Ordenanzas cuya fecha de publicación era ya un insulto a la religión. El día de la fiesta de San Juan Francisco de Regis, único jesuita francés canonizado, se publicaba en Francia, en nombre del Rey Cristianísimo, unas Ordenanzas que obligaban a los Padres de la Compañía de Jesús y a otros institutos religiosos a cerrar sus colegios.

El Sr. Coudrin escribía el 26 de julio de 1828: *“Monseñor (el arzobispo de Rouen) acaba de declarar a los ministros que de ninguna manera puede someterse a las Ordenanzas referentes a la enseñanza primaria y a los seminarios menores”*.

Los dirigentes de la Universidad no tardaron en poner en práctica los nuevos reglamentos. El 7 de noviembre nuestro Rvdmo. Padre escribía al Cardenal Arzobispo: *“Todo tiembla a nuestro alrededor... El Sr. Libert y yo nos sentimos fortalecidos por su fuerza y por la persuasión de que creemos imposible que el episcopado francés guarde silencio sobre lo que se dice: que pura y simplemente ha aceptado las Ordenanzas a pesar de sus quejas al Rey”*.

El Prelado decidió tomar una medida vigorosa. El 17 de noviembre escribía a su primer vicario general: *“Nada nuevo en lo que a mí respecta sobre las Ordenanzas, a no ser una tentativa indirecta del ministro de Asuntos Religiosos para atraerme a sus propósitos. No hace falta decir que no he hecho caso. Cuanto más reflexiono, más me doy cuenta de que lo mejor es que usted se entienda cuanto antes con el Sr. N... para distribuir pronto y con la mayor seguridad posible a*

los jóvenes en las casa de los mejores párrocos. Así que mi respuesta es ésta:<<Ya no tengo seminario menor>>, esperando que la situación se arregle o todo se verá perdido. Esto es, mi querido Coudrin, lo que pienso y lo que es necesario en estas circunstancias”.

Nuestro Rvdmo. Padre ejecutó las órdenes del Prelado y el 20 de noviembre se lo comunicó a los directores de los seminarios menores de la diócesis de Rouen. No he encontrado entre sus papeles varias cartas que escribió al Cardenal sobre este tema, pero por una respuesta de su Alteza Eminentísima se ve que el primer vicario general no era secundado por algunos sacerdotes de Rouen, quienes incluso le habían dirigido palabras desagradables. Esta respuesta del 21 de noviembre es confidencial. Algunos eclesiásticos en vez de atenerse a la decisión de su arzobispo, fueron a consultar al rector de la universidad. El Cardenal se queja de ello en otra carta. La posición del Sr. Coudrin era tanto más delicada cuanto que, como escribía el 23 de noviembre, estaba prácticamente solo en la brecha para detener los golpes asestados a Rouen.

Éste era el estado de las cosas cuando las respuestas de Roma dieron al Cardenal la esperanza de que todo podría arreglarse. El 20 de noviembre escribía: *“Se me asegura de buena fuente, querido Sr. Coudrin, que los eclesiásticos de los colegios mixtos pueden en conciencia hacer la declaración, pues, aunque profesen el mayor de los respetos a las Congregaciones religiosas y, en especial, a la Compañía de Jesús, de hecho ellos no pertenecen a esta Compañía”.*

El 3 de diciembre entra en más detalles: *“Por fin, gracias a Dios, mi querido Sr. Coudrin, he acertado, sin que me quede duda alguna, con la manera de, sin hacer mención de las Ordenanzas, poder comunicar al Ministro lo siguiente: 1º Las casas que tengo. 2º Cuántos son los alumnos. 3º Otros detalles materiales como las necesidades de estas casas,*

etc... 4º Que son dirigidas por sacerdotes seculares... Estoy feliz de, al fin, vernos tranquilos". En una nota del 4 de diciembre añade: "El escenario ha cambiado y mis relaciones directas con el Rey han sido de lo más cercanas".

Nuestro venerable Padre no estaba tan seguro y no disimuló sus temores al Cardenal. No he encontrado la carta entre los papeles que dejó después de morir; pero, Mons. de Croy le respondió el 7 de diciembre: *"He recibido su carta del día cinco. Quédese muy tranquilo. Le aseguro que el permiso de hacer estas declaraciones materiales viene de Roma".*

El Sr. Coudrin notaba que en las respuestas de Roma había puntos que no estaban claros;⁷ pero, después de todo, la responsabilidad no era suya. Se atuvo en la administración de la diócesis de Rouen a las intenciones del Príncipe Arzobispo y los alumnos que habían sido dispersados, no tardaron en volver a los seminarios menores.

Nuestro Fundador prohíbe a todos los hermanos aceptar las Ordenanzas del 16 de junio

El 23 de noviembre nuestro Rvdmo. Padre había escrito a Mende: *"Me veo obligado a dar la orden por la que trescientos jóvenes deben salir el día de mañana de nuestro seminario menor. De lo contrario el Gran Maestre y el Procurador del Rey con la gendarmería nos pisarán los talones. Si así se trata*

⁷ El obispo de Orleans también pensaba que no estaba clara la verdadera intención de la Santa Sede. Así se lo escribía el 27 de abril de 1829 a nuestro Fundador, que por aquel entonces estaba en Roma: *"Me imagino los piadosos sentimientos que los santos lugares suscitarán en su corazón. Usted necesita consuelos. La reglamentación sobre las escuelas le ha dolido profundamente. Es mucho lo que de provisional hay en nuestros asuntos. Siempre he pensado que no conocemos la verdadera opinión de León XII a juzgar por una información que me ha llegado de muy lejos".*

al leño verde en la persona del Cardenal, ¿qué no se hará con nuestro pobre leño seco?”

Suponía, sin duda, que nuestras casas no estarían al abrigo de las persecuciones. Pensaba que los hermanos de nuestro Instituto no podían hacer la declaración que se pedía, sin ir contra su conciencia. Quería al mismo tiempo que se mostrara la mayor firmeza y que se esperara hasta el último momento para cerrar nuestros colegios. El 27 de septiembre escribía al superior de la casa de Cahors: *“Mi querido amigo, no haga ninguna declaración que equivalga a un juramento, pues sería impío en nuestra boca. Hará bien en abrir su casa y recibir a los alumnos como en los años precedentes. Resista sin decir nada hasta que vengan los gendarmes a expulsarlos ellos mismos. No puedo consentir en la idea de llamarlos seminaristas para que ustedes sean considerados dueños en su propia casa. Es una medida que nunca será apropiada para un hijo del Corazón de Jesús. <<Sint ut sunt aut non sint>>.”*⁸ *Adiós. Un abrazo para todos los hermanos. Tengo la confianza de que todos permaneceremos firmes en la fe”.*

Estas expresiones llenas de fuerza de nuestro venerable Fundador no se refieren sólo a las circunstancias de entonces. Le daba gran importancia, y con toda la razón, a que no se introdujera cambio alguno en la Congregación. Quería que nos mantuviéramos como en los inicios. Esta reflexión es muy importante. Por eso, en su carta del 28 de septiembre de la que hablaré pronto, decía: *“Que nuestros hermanos estén muy en guardia contra todas las novedades”.* Volvía a insistir sobre ello el 19 de octubre siguiente. Tiene el mismo lenguaje en su carta del 28 de septiembre al superior de la casa de Saint Maure. Se pronuncia con no menos fuerza cuando escribe a Mende a finales de septiembre: *“Que todos nuestros hermanos tengan gran firmeza para no dejarse seducir si se*

⁸ “Que sean lo que son o que no sean”.

les hicieran algunas promesas... Les pido que sigan los sentimientos de fe, de piedad, de fuerza y de firmeza que los santos nos han marcado con su conducta y sus ejemplos". En una carta del 23 de noviembre añade: "Recuerde que ya no podría considerar como hijos míos a quienes así hubieran prevaricado".⁹

Se nos obliga a cerrar todos nuestros colegios y escuelas gratuitas.

⁹ Un amigo de la casa de Mende propuso una especie de declaración equívoca con la que creía poder esquivar los acontecimientos. Consultado el Buen Padre, respondió el 5 de enero de 1829: *"Yo me confío a Dios. No puedo hacer componendas con mi conciencia... Nunca debemos dar rodeos cuando se trata de la conciencia y de la verdad. Hay que dejarlo todo, antes que suscribir nada"*. El mismo día escribía a los sacerdotes de la misma casa: *"Mis queridos hermanos, nunca podemos servir a Dios por caminos que desapruueba. El primer juramento pierde a los sacerdotes. El que se propone con restricción será exigido íntegramente y en todo su tenor. Piensen si puede permitirse aceptarlo un hijo de los Sagrados Corazones ¡Lo espero todo de su firmeza! No hay que añorar las cebollas de Egipto"*.

En octubre de 1829, encontrándose el Sr. Coudrin en casa del Gran Capellán de Francia con el Sr. Montbel, a la sazón ministro de Carlos X, le habló con mucha energía contra las Ordenanzas del 16 de junio de 1826. Insistió en el escándalo que se produciría manteniéndolas el nuevo ministerio cuyos miembros eran tenidos como personas religiosas. El Sr. Montbel reconocía todo el mal originado por las Ordenanzas, pero sin prometer nada. Como se mostraba sorprendido de la santa libertad con que se expresaba nuestro Rvdmo. Padre, el Cardenal Arzobispo de Rouen le dijo: *"El Sr. Coudrin acostumbra a decir con toda franqueza lo que piensa"*.

Nuestro Fundador habla de esta entrevista en una carta del 6 de octubre de 1829 al superior de la casa de Poitiers y le dice que por el momento no ha conseguido nada. Termina así: *"¡Dios mío, cuánto es de temer que la debilidad de un ministerio monárquico nos lleve a la ruina total!"* No nos toca a nosotros sondear los designios de la Divina Providencia, pero sí nos está permitido suponer que si los ministros hubieran comenzado por devolver a Dios lo que a Dios pertenecía, revocando las funestas Ordenanzas, el Señor no los habría abandonado a su falta de previsión cuando se quiso dar un golpe de estado en el mes de julio de 1830.

Las órdenes de nuestro Rvdm. Padre fueron cumplidas en todas las casas. No se hizo declaración alguna y nuestros colegios no se cerraron hasta que los agentes del gobierno no dieron el mandato oficial de despedir a los alumnos. Lo más deplorable fue que nos obligaron a despedir también a los niños pobres para quienes habíamos abierto escuelas gratuitas en muchos lugares. Debo señalar que todo lo que se hacía contra nosotros era ilegal. La ley del 10 de mayo de 1806 en que se apoyaban para someter toda la enseñanza a la Universidad sólo decía que habría, bajo el nombre de Universidad, un cuerpo encargado exclusivamente de la enseñanza, pero el artº 2 señalaba: *“La organización del Cuerpo enseñante será presentada en forma de ley al Cuerpo legislativo en la sesión del año de 1810.”* Sin embargo, los reglamentos de la pretendida Universidad no se basaban más que en decretos y ordenanzas del Gobierno sin que hubiera ley alguna. Por eso, todas las disposiciones ulteriores eran contrarias a las leyes y en principio nulas.

El Señor sabe sacar bien del mal. Así lo comprobamos con esta persecución suscitada en nuestra contra. Bastantes de nuestros hermanos se dedicaban a la enseñanza desde hacía varios años y no habían podido cursar la teología; en consecuencia tampoco podían ser promovidos a las sagradas órdenes. Se aprovecharon las circunstancias para llamarlos a nuestra casa de París. El curso de teología creció notablemente y al cabo de unos años tuvimos más sacerdotes para atender las distintas necesidades de nuestros establecimientos, que veremos multiplicarse, y para que muchos llevaran más tarde la bandera de la fe a la Polinesia.

Fundación de las casas de Rouen y de Yvetot

El Siervo de Dios llevaba dos años de primer vicario general de Rouen y todavía no había encontrado los medios para que

se establecieran las hermanas. Se necesitaba un local conveniente. A finales de noviembre de 1828 pensó que se podría alquilar una casa provisional. En la carta del 3 de diciembre, presiona a la Madre Enriqueta para que venga a Rouen y vea las cosas por sí misma, pues en todo lo que concernía a las hermanas, actuaba siempre de acuerdo con ella.

Volvió a insistir el 20 de diciembre, diciéndole también que solicitaban hermanas para Yvetot, pequeña ciudad entre Rouen y Le Hâbre. Por otra carta del 14 de enero de 1829 se ve que el asunto no estaba aún concluido, pero no tardó en estarlo. El 16 de febrero escribía a la venerable Madre: *“Esperamos que vendrán con sus pobres jergones vacíos como todo mobiliario. Escójame a veinte santas; será la mejor manera de contentar a su pobre Padre”*. Le respondió el 20 del mismo mes: *“Saldremos cuando usted quiera. Llevaremos jergones, mantas, colchas, cubiertos, algo de ropa. Pida a la señora N... que nos proporcione veinte o treinta literas y algunos utensilios de cocina. Nuestros buenos hermanos nos harán la caridad de procurarnos algunas patatas, alubias y un poco de leña. Esperamos sus órdenes para partir”*.

He citado esta carta para que se vea el espíritu de pobreza que animaba a la Madre Enriqueta; sin embargo, siempre atenta a las necesidades de las hermanas, como algunas no eran de constitución fuerte, seis días después escribió a Rouen para que compraran tres colchones y tres almohadas. *“No los quiero, decía, ni muy elegantes ni muy buenos, pero sí limpios”*. La Buena Madre no pudo partir a Rouen hasta el 1 de marzo. Nuestro Fundador no estaba. Pronto veremos que había ido a Roma. Las hermanas tomaron posesión de su casa el 2 de marzo de 1829 y la adoración comenzó dos días después. Se trataba del decimosexto establecimiento. Más tarde las hermanas compraron otra casa en el barrio Saint Hilaire y dejaron la que habían ocupado en alquiler.

El 2 de julio de 1829, la venerable Madre condujo a Yvetot otra colonia de hermanas. Era el decimoséptimo establecimiento.

La muerte de su Santidad León XII obligó a los cardenales no residentes en Roma a viajar para asistir al cónclave que debía nombrar un sucesor. El Cardenal Príncipe de Croy fue a la capital del mundo cristiano acompañado de nuestro Rvdmo. Padre. Salieron el 26 de febrero de 1829. El 11 de marzo llegaron a Roma. El mismo día, el Cardenal Arzobispo de Rouen designó al Sr. Coudrin conclavista suyo.

El Buen Padre ya conocía a algunos cardenales. Había visto varias veces en París al cardenal Macci y, en su viaje a Roma en 1825, sus Eminencias Pacca y Sella Somaglia le habían dado grandes muestras de su estima. Estos tres cardenales lo acogieron con la mayor benevolencia y también el cardenal Odescalchi, quien más tarde daría un tan conmovedor ejemplo de humildad y desprendimiento al renunciar a la púrpura romana para abrazar el estado religioso.

Nuestro piadoso Fundador disfrutó también de las bondades del cardenal Capellari, más tarde su Santidad Gregorio XVI, que tuvo a bien en varias ocasiones llamarle su amigo.

Elección de Pío VIII

El cardenal Castiglioni fue elegido Papa el 31 de marzo de 1829 y tomó el nombre de Pío VIII. Nuestro Rvdmo. Padre pensaba volver pronto a Francia; pero el Cardenal Arzobispo de Rouen tenía muchos asuntos que tratar y lo retuvieron en Roma hasta finales de agosto. La elección del nuevo Pontífice fue bien recibida por todos los amigos de la religión. El Sr. Coudrin compartía esta opinión general.¹⁰ El 1 de mayo

¹⁰ Entre los papeles de nuestro Fundador he encontrado un mandato para la diócesis de Rouen. Está escrito por entero a mano con tachones y

correcciones, lo que prueba que el Prelado se lo había encargado redactar. Está escrito con tal sentido de fe que me obliga a transcribirlo en parte.

“La iglesia acababa de perder a su Primer Pastor. El Jefe visible de nuestra fe había muerto. El sucesor de Pedro a quien se le había dicho apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas, acababa de morir. El crespón fúnebre desplegado en la primera basílica de la ciudad santa anunciaba al mundo que la Iglesia universal estaba de luto. Los depositarios de las llaves habían enviado su llamada y los Príncipes de la Iglesia ya estaban en cónclave. Llegamos el 12 de marzo e hicimos nuestra entrada el 13. ¡Qué hermosa asamblea, mis muy queridos hermanos! ¡Qué magnificencia! Hay que reconocer que si la celebración interesa al cielo y a la tierra, todo concurre a hacerla más imponente y más venerable... En cuanto a las reuniones de las votaciones, ¿qué hay en ellas que no se desarrolle conforme a la marcha normal de las cosas? Pero, cuando otras luces, y un examen más meditado, y agotadas todas las consideraciones, y maduradas las cosas, cuando después de todo ello un nombre sobresale sobre todos los demás, cuando los votos, congregándose en torno a ese nombre, hacen inclinarse por completo la balanza y sale de la urna la voz de Dios y de los hombres, ¿existe un solo cristiano que no deba exclamar, llevado del agradecimiento, <<He ahí el Gran Sacerdote, he ahí el hombre de la derecha del Altísimo, el Pontífice por excelencia>>?... Santa Iglesia Romana, único centro de la unidad católica, Madre y Señora de todas las Iglesias, fuera de la cual no hay salvación, sólo el que siembra y recoge en su seno, tiene la vida.

Esposa sin mancha de un Dios salvador, recibe el homenaje de mi fe, de mi confianza, de mi obediencia, de mi amor, y el del numeroso rebaño cuya custodia tú me has confiado, porción preciosa de esta jurisdicción universal sin la que no se perdonan los pecados, por quien se abren las puertas eternas y que nadie puede cerrar, por quien se cierran y nadie puede abrir.

Y vos, Pontífice venerable y venerado, ante quien el orbe católico se inclina y recibe las bendiciones del cielo; vos, cuya conmovedora bondad y profunda humildad os han impulsado a decirnos en el momento de vuestra elección: Quid fecisti? Recibid el testimonio de nuestra veneración hacia vuestra sagrada persona y nuestra entrega sin límites a todos los actos emanados de la Sede Apostólica de esta Catedral, el solo fundamento y la única columna de la verdad”.

El Cardenal de Croy había apostado firmemente por Pío VIII. Por eso, el nuevo Papa, cuando después de su nombramiento salía del cónclave, se volvió hacia él y le dijo en un tono de reproche lleno de amistad: “Quid fecisti?” (¿Qué habéis hecho?).

Se hace alusión a esta circunstancia en el proyecto de mandato.

escribía al P. Regis: *“Tenemos un Papa santo”* y añadía con su humildad acostumbrada: *“Durante el cónclave y después como Soberano Pontífice ha tenido miramientos hacia éste su pobre Padre que no puede menos de atribuirlo al fervor y a la caridad de sus oraciones”*.

Quiero señalar que nuestro piadoso Fundador nada pidió para sí mismo al nuevo Jefe de la iglesia. Como conclavista recibió tan sólo el título de prelado doméstico del Papa.

Durante su estancia en Roma la divina providencia lo libró de dos peligros. El 30 de abril, el fuego prendió el polvorín del castillo de Sant'Angelo e hizo saltar la torre sólo unos pocos minutos después de que pasara nuestro Fundador con el Cardenal Príncipe. El 22 de mayo, un terremoto bastante violento se sintió en Albano. Ciertas circunstancias habían impedido al Buen Padre y al Cardenal de Croy ir allí ese día.

Escuchémoslo a él mismo hablarnos de estos dos acontecimientos. El 1 de mayo, escribe a sor Filipina: *“Si tenemos la dicha de responder a las gracias que Dios nos da, todos y cada uno de los miembros de la Congregación estaremos salvados. Ayer ocurrió una gran desgracia en el Castillo de Sant'Angelo. La torre en la que explotó el polvorín saltó por los aires cinco minutos después de que yo pasara por sus murallas, pues estábamos allí desde hacía horas. La sacudida fue tan fuerte que no quedó un solo cristal sin romperse en el castillo. No se conoce aún el número de las víctimas, pero el Vaticano donde reside el Santo Padre y la hermosa iglesia de San Pedro no han sufrido daño alguno”*.

A la casa de Laval escribía: *“Pienso, queridos amigos, que ustedes han tenido la bondad de rezar por mí desde que partí para el cónclave... Ayer, viernes, teníamos que pasar la jornada en Albano. La lluvia caída por la mañana nos impidió el viaje y en tres ocasiones distintas hubo un temblor de tierra*

que espantó a toda la región e hizo desertar a sus habitantes. Ya ven ustedes que Dios nos protege como en Francia. Sigán, pues, rezando. Que nuestras queridas hermanas hagan otro tanto y pronto estaremos con ustedes sanos y salvos”.

Ningún miembro de la Congregación acompañó al Buen padre a Roma. Por eso, tengo pocos detalles de su estancia en Italia. Siguió al Cardenal de Croy a Nápoles y a Sicilia. Yendo a Nápoles, se pararon en Monte Casino. Una carta escrita desde Roma el 11 de abril de 1843 por el Sr. Luis Collet de Baudicour a la Sra. Gabriela Coudrin, su pariente, nos cuenta un hecho que no puedo omitir: *“Al dejar Roma por primera vez, dice el Sr. Baudicour, me detuve en Monte Casino, principal convento de los benedictinos. Los religiosos me acogieron con su acostumbrada bondad y me dieron hospitalidad durante varios días. Me contaron que hacía varios años, el arzobispo de Rouen había venido a visitar su convento acompañado de nuestro tío,¹¹ el venerable sacerdote Coudrin.*

El P. Coudrin dejó en Monte Casino un gran recuerdo de santidad. Me contaron que un novicio, cansado del convento, se despedía. En el momento en que partía, el Sr. Coudrin lo paró, le preguntó dónde iba y, viendo que persistía en su decisión, comenzó a recitar contra el demonio unas imprecaciones cuyos términos exactos he olvidado, pero que se encuentran en las Sagradas Escrituras. Después dijo al joven: “Es Satán quien te está tentando, pero tienes verdadera vocación y volverás al convento”. En efecto, algunos años después el joven volvió al convento, en él continúa y es un muy buen religioso”.

Durante su estancia en Roma, nuestro Buen Padre seguía preocupándose de sus hijos espirituales, como claramente se desprende de sus cartas: *“Durante los días en que estuve*

¹¹ La Sra. Gabrielle, de soltera Gossin, se casó con el Sr. Agustín Coudrin, sobrino del Buen Padre.

encerrado en el cónclave, y después de la elección de nuestro Santo Padre, no he cesado de tenerlos presentes en mis oraciones ni en las diferentes ceremonias en que he tenido la dicha de encontrarme".¹² *"En todos los santuarios ruego a Dios que nos mantenga a todos en paz, que los conforme a su Divino Corazón, que nuestra Buena Madre la Santísima Virgen y el Ángel de la Guarda los preserven de todos los accidentes desafortunados"*.¹³ *"He obtenido para ustedes muchas bendiciones del Santo Padre"*.¹⁴ *"No dejo de rezar por nuestra familia más de cincuenta veces al día. Cuando me encuentro en los santuarios, en las iglesias, en los oratorios, mientras que el Príncipe admira las obras de arte, les confieso que no yo no entiendo nada, que me siento lejos de mis acompañantes, y que me encuentro muy feliz de tener la ocasión de entrar en todos los sitios para ocuparme de cosas distintas de las que todo el mundo admira"*.¹⁵ *"Todos los días y en todos los santuarios rezo por todos"*.¹⁶ *"Asegure a todas mis queridas hermanas que las presento constantemente al Señor por medio de los Santos Apóstoles y otros santos que aquí me rodean por todas partes. ¡Cuánto me gustaría terminar mis días en esta ciudad que con tanta razón se llama la Ciudad Eterna! Vivan en paz, mis queridos hijos, y también en paz con el Buen Dios"*.¹⁷ *"No los he olvidado ni tampoco a mis hermanas ante los Santos Apóstoles y todos los mártires que aquí son mi felicidad"*.¹⁸ *"Yo, que paso mi tiempo en las iglesias y en los monumentos de la Ciudad Eterna, los ofrezco cien veces al día al Buen Dios por mediación de los mártires*

¹² 8 abril 1829.

¹³ 10 abril 1829.

¹⁴ 10 abril 1829.

¹⁵ 9 mayo 1829.

¹⁶ 19 mayo 1829.

¹⁷ 22 mayo 1829.

¹⁸ 22 mayo 1829.

*que nos rodean y cuyos preciosos restos descansan en mil lugares diferentes”.*¹⁹

Parte de Roma y vuelve a Francia

Nuestro Rvdmo. Padre sentía verse obligado a prolongar su estancia en Roma, pues comprendía que sus hijos necesitaban su presencia. Había conseguido el 17 de abril que los poderes de la Sagrada Penitenciaría fueran renovados por tres años a favor de todos los sacerdotes de la Congregación. Otro indulto del 13 de junio había otorgado por siete años un altar privilegiado en todas las iglesias del Instituto. Sólo le detenía la penosa necesidad de tener que esperar al Cardenal Arzobispo de Rouen. Viendo a finales de agosto que el Gran Capellán seguía difiriendo su partida, se decidió por fin a volver solo. Llegó a Troyes el 12 de septiembre y se quedó allí sólo dos días. El 16 de septiembre estaba en París.

Ya he dicho que durante su corta estancia en Troyes nuestro Fundador curó por segunda vez a sor Ustelle Moulin... Otra hermana nos cuenta algunos detalles de su paso por esta ciudad: *“El Buen Padre, al llegar de Roma, pasó por Troyes. Esperaba no ser reconocido; pero, al bajar del coche, lo reconocieron dos personas que se pusieron a gritar: <<¡Ha venido el Sr. Coudrin!>> Al poco tiempo la casa de las hermanas se vio asediada por todo lo que de más cualificado había en la ciudad. Sacerdotes, religiosos, seglares, todos acudían para recibir sus consejos o su bendición. Cuando entró en el patio, quería ponerse de rodillas y le ofrecieron un cojín. Lo rechazó diciendo: <<Los santos sacerdotes de Roma no lo utilizan para arrodillarse y yo, miserable, ¿no puedo hacer como ellos?>> Acompañaba sus palabras con lágrimas. Fue después a la iglesia, sin querer hablar con nadie hasta*

¹⁹ 29 mayo 1829.

haber agradecido a Dios los beneficios que le había hecho durante su viaje.

Todos lo seguimos. Cuando salió de la iglesia fue necesario pedir a las personas de fuera que se retiraran para que pudiera descansar un poco. Le dijimos que si todo el mundo lo buscaba, no podríamos ni verlo ni hablar con él: <<Hijas mías, respondió, he hecho lo que he podido para que no me reconocieran. Dios no lo ha permitido. Ya que lo quiere así, estaré durante el día con los de fuera y por la tarde hablaré con ustedes>>. Al día siguiente había tanta gente para asistir a la misa a pesar de que tuvimos la precaución de cerrar la puerta por la que entraban las personas de fuera, que hasta se subían a las verjas. Cuando se quería despedir a los o a las que querían hablarle, respondían que no se irían sin que los hubiera escuchado o bendecido, viéndonos obligadas a ceder a sus exigencias”.

El capítulo general tenía que reunirse en septiembre, pero las circunstancias no eran nada favorables. Nuestro venerable Padre juzgó mejor no convocarlo. Acabamos de ver que había vuelto de Roma el 16 de septiembre. Era demasiado tarde para llamar a todos los que debían asistir y no se había preparado una reunión tan importante. Además, el ensañamiento que había contra las sociedades religiosas, la agitación que reinaba en los espíritus y que anunciaba una próxima tempestad, no permitían llamar a Paris a los superiores de todas las casas, pues no hubiera hecho sino llamar la atención de los impíos y suscitar una nueva persecución.

También debo decir, sin pretender juzgar las intenciones de ninguno de los sacerdotes del Instituto, que algunos, incluso bastante influyentes, parecían inclinarse por ciertas innovaciones que habrían debilitado, y quizás destruido, el espíritu primitivo de la Congregación.

Estos fueron los motivos del comportamiento de nuestro Rvdmo. Padre y, a quienes conocían la situación, el ejemplo de su firmeza les dio una nueva prueba de que el espíritu de Dios lo guiaba en sus determinaciones para el mayor bien de la obra.

El seminario mayor de Rouen es confiado a los sacerdotes de la Congregación.

Desde hacía mucho el Cardenal Gran Capellán quería confiar a los sacerdotes de nuestra Congregación el seminario de Rouen. Le fue imposible poner antes en práctica este proyecto, pues debía tomar algunas precauciones. Se decidió al volver de Roma. A finales de octubre de 1829 nuestro Fundador fue a Rouen con tres sacerdotes del Instituto, uno de los cuales debía ser superior del seminario mayor, y los otros dos enseñarían teología. Algunos más vinieron poco después. Desde entonces el seminario de Rouen ha sido siempre dirigido por sacerdotes de nuestra Congregación.

El Buen Padre conoció en Roma la muerte de sor Gabriela de la Barre, superiora de la casa de Poitiers. El 30 de junio de 1829, escribía a la casa de Poitiers: *“Esperemos, queridos amigos, que la vida santa de la tan pura sor Gabriela le haya merecido un lugar de virgen cerca del cordero. Yo, que la he conocido desde tan joven y que la he visto siempre tan inocente, no albergo la más mínima duda de que es nuestra abogada ante el Buen Dios. Suplico a mis queridas hijas de la casa de Poitiers y a todas las que la han conocido, que no olviden sus últimas palabras: <<Les recomiendo una adhesión inquebrantable a su superiora la Buena Madre>>. Así es, queridas hijas; si están muy unidas y sumisas a esta Buena Madre, sin quejarse, sin murmurar, llegarán a amarse unas a otras. El Corazón de Jesús olvidará las faltas pasadas. La santa comunión les dará fuerzas para vencer todas las*

tentaciones. Ustedes bendecirán su santo estado. Serán la gloria de esta Buena Madre que las ha recibido a la profesión con tanta caridad e indulgencia. Yo mismo, que las he bendecido como esposas del Salvador, experimentaré un gozo eterno. Es lo que pido constantemente a Dios por la intercesión de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y la de los innumerables mártires.

En las dos peregrinaciones que he tenido la dicha de hacer a la Ciudad Santa, cuántas gracias he pedido al Señor para todos y para todas, para cada uno y cada una en particular, por todos los miembros de esta familia que me es tan querida en el presente y en el futuro. Recordémonos unos a otros que debemos estar en paz con Dios y con nuestra conciencia. Vivan de la verdadera vida, de la vida de Jesucristo”.

Me ha parecido conveniente incluir aquí casi por entero esta carta que pinta tan bien la tierna caridad de nuestro Buen Padre.

El 4 de octubre de 1829, el Buen Padre, que había vuelto a París el 16 de septiembre, sufrió una gran pena. La Madre Enriqueta tuvo una parálisis. Hacia las cinco de la madrugada, se la encontró caída en el suelo de su habitación y casi muerta. Se recuperó, pero durante los cinco años que aún vivió, siempre estuvo enferma. Los detalles de este doloroso hecho pueden verse en la vida de la venerable Madre. Me contentaré con señalar que, a pesar de su triste situación, siempre se ocupó de las hermanas y el 4 de diciembre todavía pudo recibir los votos de diecinueve novicias y la renovación de votos de más de cien profesas. Para ello se había colocado en su habitación un pequeño altar con una cruz y agua bendita. Las hermanas se acercaban sucesivamente a hacer o renovar sus votos.

Exhortación del Buen Padre durante esta ceremonia

Antes de esta edificante y piadosa ceremonia, el Buen Padre reunió a todas las hermanas en la iglesia y les dirigió unas edificantes palabras interrumpidas por sus lágrimas. Les dijo: *“No necesito advertirles, mis buenas hermanas, que esta ceremonia exige de ustedes un recogimiento aún mayor, más fervor y más espíritu de sacrificio que los años anteriores. Renuévense en el espíritu de su vocación y en las demás virtudes de su estado. Lo que sobre todo les recomiendo es un profundo silencio. No necesito decirles nada más. La piedad que las honra y que ustedes honran, les hará sentir el reconocimiento que deben al Buen Dios y a su Buena Madre; pero, lo que les recomiendo sobre todo es el sacrificio de ustedes mismas a los Sagrados Corazones de Jesús y de María a cuyo servicio queremos vivir y morir”.*

Insistía en el silencio porque temía que las hermanas que tenían que esperar a la puerta de su Buena Madre para entrar sucesivamente y renovar o pronunciar sus votos, no tuvieran suficiente cuidado de mantener el recogimiento necesario. Cuando todo hubo terminado y las hermanas volvieron a la capilla, retomó la palabra y les dijo: *“Demos gracias a Dios, mis queridas hijas, por la gracia que acaba de hacerles al renovar sus votos entre las manos de esta pobre Madre que, aunque está muy débil, sin embargo está llena de vida. Recen porque siga viviendo. Recen para que sus ofensas no aceleren su muerte. Volvamos al fervor de los comienzos. Todos los días la muerte nos arrebató a nuestros amigos y a lo que tenemos de más querido. Las hermanas nos son arrebatadas como la hierba que florece por la mañana y que por la tarde se marchita y desvanece.”*²⁰

²⁰ Desde el 1 de enero de 1829 hasta el 8 de diciembre nueve hermanas habían pasado a mejor vida en las diferentes casas del Instituto.

¡Pues bien! ¡Que el cielo se llene ya que Dios lo quiere; pero que se pueble de santos y santas! Y ustedes, jóvenes, jóvenes hijas que vienen en tan gran número a aumentar la falange de las esposas de Jesucristo y que han depositado sus votos entre las manos..., las manos de esta pobre moribunda, pues, como ella misma ha dicho, se piensa que estoy entera y sólo soy la mitad, oh, mis queridas hijas, si el leño verde es tratado así, ¿qué será del leño seco que la menor chispa enciende y consume?

Ella ha recibido los votos de ustedes, esta pobre superiora. Ella los conservará aún durante unos días, quizás semanas, e irá después a llevarlos al cielo. Que ella conserve, pues, sus votos, que guarde su obediencia, su fidelidad. Amén.”

Esta conmovedora exhortación impresionó vivamente a las hermanas y muchas la pusieron por escrito.

Es comprensible lo mucho que afectarían al Buen Padre los males que afligían a toda la Congregación. Viajaba de Rouen a París con la mayor frecuencia que le era posible, y cuando el cargo de primer vicario general lo retenía en Rouen, pedía noticias con frecuencia. Por sus cartas se ve cuánto deseaba que la Buena Madre se restableciera. Le escribía el 3 de mayo de 1830: *“Quiero tener noticias tuyas por usted misma. Iré cuanto antes a informarme. Que el Buen Dios y sus Santos Ángeles le devuelvan la salud”*. En otra carta del 29 de agosto le decía: *“Mi pobre pensamiento siempre es verla curada. ¡Ah, ojalá fuera escuchado! Pero el Buen Dios no me encuentra digno de obtener este favor. No deje, Buena Madre, de pedir con todos nosotros esta insigne gracia, y tengo el convencimiento que su infinita bondad la concederá a favor de su obra”*

Considerable mal de garganta del Buen Padre

Las fatigas de nuestro venerable Padre, las penas sufridas, la tristeza que sentía por la enfermedad de la Madre Enriqueta, todo contribuía a alterar su salud. En los primeros días de 1830, tuvo un fuerte dolor de garganta que le obligó a guardar cama. El Príncipe Arzobispo le escribía 13 de enero para decirle que se cuidara y que fuera al médico. Es esto, sobre todo, lo que no se podía conseguir de nuestro Fundador. Incluso en sus enfermedades más serias, siempre mostró la mayor repugnancia de consultar a los médicos y de tomar medicinas.

El invierno de 1829 a 1830 fue muy duro. El Cardenal había hecho el donativo de tres mil francos para ayudar a los pobres de la ciudad. La carta del 16 de enero de 1830 a su primer vicario general nos dice que hizo un segundo donativo con la misma finalidad. Esta generosa caridad era tanto más admirable cuanto este año se le había retirado la donación que en años anteriores el departamento le había otorgado. Nuestro Rvdmo. Padre le escribió el 6 de enero: *“Monseñor, sus caritativas disposiciones para los pobres, han sido cumplidas. Su Alteza Eminentísima se venga elegantemente de la supresión de sus diez mil francos que ha hecho el departamento”*.



Pío VIII a cuya elección asistió el Buen Padre como conclavista acompañante del Cardenal Arzobispo de Rouen.



Castillo de Sant'Angelo (Roma). El 30 de abril 1829 sufrió una grave explosión cinco minutos después de que pasara por allí el Buen Padre junto con el Cardenal Arzobispo de Rouen.



Tumba de sor Gabriela de la Barre en Poitiers